



**Taller: *La adolescencia desde la escritura***

**Gladys Franco<sup>1</sup> – Oscar Brando<sup>2</sup> - Silvana Hernández<sup>3</sup>–**

*Gladys Franco* nos ha convocado a pensar acerca del adolescente que cada uno fue, pensar en ese “desconocido interno” del cual tenemos recuerdos nítidos, borrosos y contradictorios y al cual hemos llevado al análisis con vestuarios y máscaras diferentes.

Las “brechas generacionales” que condicionan las miradas de una generación hacia las siguientes, sin pretender desmentir los cambios culturales que inciden en la organización de subjetividades diferentes, están también –o al menos fuertemente– sostenidas en la fijeza de esos recuerdos jerarquizados en el discurso que cada uno organiza. El “nuevo adolescente” - el adolescente que no soy- se convierte fácilmente en depositario de aquellos aspectos desmentidos, denegados o reprimidos en la memoria de la propia experiencia, a la vez que, por la consistencia de su realidad, confronta al yo con la vacuidad de las demandas sostenidas por el yo ideal. En esta línea el bagaje de promesas que porta la adolescencia se conforma como objeto de envidia para el adulto que no haya podido dismantelar e integrar a los circuitos del yo y del superyó los ingredientes del narcisismo arcaico. Es en el circuito de la envidia por lo que el otro parece poseer que se desenvuelve parte de la argumentación de los llamados cuentos de hadas; en la mayoría de los cuentos clásicos las brujas apenas disfrazan su condición de sustitutos de la madre. La bruja es un representante de la madre percibida en sus aspectos más pérfidos, una proyección de la madre odiada y envidiada por poseer todos los dones. Pero siguiendo el hilo del inicio, podríamos posicionarnos del lado de la bruja (madre adulta) y pensar qué es lo que en ella aguijonea la maldad. Podemos acompañar un ratito las modulaciones emocionales de la madrastra bruja de Blancanieves -una de las brujas menos reprimidas de la literatura, bastante primitiva en sus manifestaciones ante la eclosión de la adolescencia de su hijastra- Ella parecía estar segura de ser la mujer más hermosa del reino, sin embargo necesitaba periódicamente consultar al espejo mágico para que esa certeza fuera ratificada. Es decir que todos sus poderes – atribuibles a un yo ideal más que grandioso por cierto- no la preservaban de un peligro que provendría de la realidad y que tiene que ver con el paso del tiempo: la salida de la niñez de la hija equivaldría a su vejez, la muerte. La bruja ordena que Blancanieves sea asesinada, y como un sueño despojado de velos, revela lo inconsciente. El otro puede ser respetado como otro en tanto no exalte la diferencia, el otro es otro en tanto su brillo no opaque los brillos que el yo ideal pretende continuar irradiando, de lo contrario es factible construir, inventar un enemigo, en ocasiones eclosionar en un filo de locura. Blancanieves representa aquello que el diferente puede desencadenar como tormenta de odio que hunde sus raíces en los sentimientos de envidia primitiva, en la constatación de las diferencias, en la imposición de renuncia a las apetencias del yo ideal. Muchas de las descalificaciones usuales en el discurso adulto con relación a la adolescencia están engarzadas en el rechazo de la percepción de

---

<sup>1</sup> Miembro titular de la Asociación psicoanalítica del Uruguay

<sup>2</sup> Escritor

<sup>3</sup> Miembro de la Asociación psicoanalítica del Uruguay

esa construcción del otro, que se produce inconsulta y desnuda la implacable verdad de la temporalidad.

Pero hay otras dimensiones que moviliza la cercanía del proceso adolescente que están relacionadas con aquellos aspectos propios de la etapa que fueran forcluidos, negados o intensamente reprimidos. Sabemos que la adolescencia consiste en una suerte de terremoto para el psiquismo, una reorganización radical que puede alcanzar dimensiones de verdadera crisis. El proceso de blanqueo de la memoria no tiene, en lo que atañe a la experiencia adolescente, un comienzo tan definido como puede registrarse con las experiencias de la primera infancia. Aquello que fuimos –también– sucios, irresponsables, fútiles, temerarios, egocéntricos, buenos para nada, torpes, dependientes, inconsistentes, violentos, frívolos, demagogos o pueriles, vuelve en un golpe, proyectado sobre la pantalla gigante de la población adolescente. Es que la eclosión de la belleza adolescente tiene su contra-cara turbia en la dificultad para el sometimiento de los impulsos y en la proclividad melancólica que se justifica por cuestionamientos existenciales; es duro asistir a la angustia de decidir si (o racionalizar que) la vida tiene alguna validación, es muy hondo el sufrimiento por la propia existencia, y es un asunto del que tomamos conciencia en la adolescencia y del cual con frecuencia la vida en adelante nos distrae. La escritura confesional durante la adolescencia, tenga o no valor literario, suele estar imbuida de un espíritu dramático acorde con la forma de experimentar el mundo interno y con la percepción de la realidad externa, que suele ser ejemplarmente ominosa, fría o incompañable; lamentablemente se trata de una literatura que la auto censura destina al basurero porque generalmente no se soportan dosis tan grandes de sinceridad. La violencia de los sentimientos adolescentes retorna en la literatura o en otras formas de expresión artística, luego, en la letra de los escritores que asumen el riesgo en el este no soy yo, este es un personaje.

La hipótesis que propongo es que las dificultades adultas para aproximarse a las realidades adolescentes, en las sucesivas generaciones, tiene que ver fundamentalmente con la amenaza que representa la reincorporación de vivencias y afectos experimentados que han sido sometidos a procesos de represión, desestimación o desmentida en aras de mantener un equilibrio aceptable para el yo.

Oscar Brando

*Literatura y adolescencia*

¿Qué nos dijo, qué nos puede decir aún la literatura acerca de los adolescentes? ¿Por qué lo hizo, cómo y qué sentido sustraerle a esas representaciones verbo-simbólicas que objetivan y socializan en el lenguaje de la tribu dramas y obsesiones cuyo origen estuvo en un universo subjetivo a veces extraviado o subsumido en el amasijo de una cultura?

Encontrarse con la cuestión adolescente a través de la literatura supone la confianza en que ella pueda revelarnos “secretos” que la realidad cruda nos niega o escamotea entre el caos de los acontecimientos. Quiero con esto pronunciarme en dos sentidos: el primero se relaciona con la fe que todavía tengo en que el lenguaje artístico me ilumine sobre aspectos confusos de la vida; el segundo es que no puedo dejar de pensar que esa epifanía debe ayudarnos a resolver mejor las tragedias que nos rodean (estoy tentado de decir que, de lo contrario, no serviría de nada: al mismo tiempo debo

admitir que mi experiencia con adolescentes me deja la sospecha de que la experiencia literaria no me ayudó mucho a entenderlos mejor. Mi defecto, claro, no me hace renegar de mi fe).

Cuando me propusieron participar en esta mesa pensé en novelas protagonizadas y contadas por adolescentes. La picaresca española, la novela de malandro en Brasil, todas las formas de relato de aprendizaje, crecimiento, todos los retratos de artistas adolescentes o cachorros o como sean podían entrar en la categoría. Recordé experiencias de lectura más precisas. Entonces rápidamente emergieron del conjunto mis novelas preferidas: Los ríos profundos de Arguedas, El juguete rabioso de Arlt. En ellas, y en otra que recuerdo mal La ciudad y los perros de Vargas Llosa, el mundo adolescente está cruzado por la violencia, vaya novedad. El guardián entre el centeno de Salinger me llevó a sus imitaciones, por ejemplo Mala Onda del chileno Fuguet y también me obligó a incluir en mi razonamiento al cine con la ingenua pero pionera Rebelde sin causa. La selección de mis lecturas me ponía ahora frente al mundo de iniciación masculino. Leo pocas escritoras y me perdí, creo que ya para siempre, Mujercitas o las experiencias de las Bronte.

Un nuevo inciso me puso ante una literatura en que el mundo adolescente era mirado o contado por el adulto. Creo que deberíamos atenderlo un momento en esta reunión que a fin de cuentas está formada por adultos que conversan sobre los adolescentes (en puridad los relatos de adolescentes son estrategias retóricas para disimular la mirada adulta). Pensé en dos uruguayos: Felisberto (que es quien, con su escritura ingenua, disimula mejor su ser adulto) y su teatro de la memoria que pone en escena un mundo infantil amenazado por el lápiz rojo de Celina que en El caballo perdido rompe la armonía de la escena primitiva castigando al niño cuando los dedos no le responden para tocar el piano. Luego, obviamente, Onetti con su mirada desencantada y definitiva sobre el mundo adulto, la pérdida de la inocencia, la esterilidad y las vidas vicarias: El pozo, Bienvenido Bob, La cara de la desgracia, Un sueño realizado son muestras de la mirada disolvente de Onetti. Las lolitas están en las perversiones de Nabokov, Arlt, Onetti y tanto degenerado que en el mundo hay. También recordé dos magníficas novelas norteamericanas recientes: El día de la independencia de Richard Ford, que, creo, mucho le debe a Salinger; y En la frontera de Cormac Mc Carthy que si le debe algo a alguien no tiene nada que envidiarle.

*Silvana Hernández* acerca algunas notas acerca de la película 25 wats.

... 25 wats, baja energía, mínimo consumo.... La película transmite un clima en el cual lo mínimo se vuelve protagonista. Los personajes parecen transcurrir sin grandes estímulos, sin grandes proyectos o pasiones.

El lenguaje del espacio me transmitió algo inquietante. Los lugares físicos en los que se mueven estos jóvenes parecen poco queribles y poco habitables afectivamente. Sebastián aparece siempre en la calle, como en tránsito permanentemente. Este es un personaje que finalmente produce cierta angustia por la soledad y el desamparo en el que vive otro de los protagonistas, con un dormitorio que parece estar suspendido en el vacío - cómo él mismo, que parece padecer de cierta vacuidad - y finalmente el Leche, él sí los recibe y cobija a todos en su apartamento, donde se reúnen alguna vez, pero para hacer zapping usando a la abuela de antena. ¿Cómo es la situación entre los tres amigos? ¿Son amigos? ¿Qué los une? Las salidas al boliche, la noche, hacer zapping, algún cuento muy escueto sobre la intimidad de cada uno. No parece un grupo de pares que sostenga, es decir, lo que solemos esperar en esta etapa. Ellos se sostienen a su manera porque no hay adultos que lo hagan:: impacta la gran ausencia del adulto. Los adultos que aparecen son una abuela en desuso, y un supuesto sustituto paterno que quiere transmitirle el gusto por el trabajo y el progreso, algo así como hacerse hombre de

la manera más patética posible (él mismo tiene un hijo bobo). Los adultos aparecemos abandonados, enfermos o con propuestas que caricaturizan llegando al ridículo. Y es posible que por acá pase una parte sustancial del drama de buena parte de los adolescentes representados en este guión. Se refleja la sutil soledad de sus personajes, y quizás allí se encuentre la violencia que desde esa falta de apoyo se desata, como es el caso de “El Seba” que termina, sin saberlo ni quererlo, siendo miembro de un grupo de traficantes.

De todas formas, la calle y los muros siguen siendo los lugares más apreciados para amaneceres de charlas existenciales, en donde conviven el amor, la superstición, algunos sueños. Los muritos reciben aquello que las casas expulsan. Más allá del muro de la amistad compartido llega la propuesta del riesgo. Es una frontera difícil de precisar, entre lo sagrado de la intimidad que da el independizarse de la casa paterna y lo amenazante del desamparo en tanto exposición desamparada para cualquier propuesta que puede traer de la mano lo autodestructivo.

También se plasma una inquietante complacencia en cuanto a usar las cosas porque están allí. Será la expresión de una dificultad para lograr transformar lo que molesta o disgusta?. Por ejemplo, la relación de pareja del único personaje del que no me acuerdo el nombre. Él la busca, la espera, pero qué le ofrece? Le ofrece lo que él tiene, una programación de TV neutra, sin emocionalidad y dirigida a un público que no es él. Pero “¿quién es él?” De los tres, es quizás el más opaco, el que más se resiste a darse a conocer. Aparenta tener. Casa, trabajo y novia, o sea, parece el más adultoide. Pero su trabajo bascula entre lo patético y lo ridículo, con ese patrón que anhela ser su Ideal del Yo pero que falla desde el inicio con un discurso poco entusiasmante en cuanto a incentivar el deseo de crecer. Tiene una novia que lo planta y que él sigue esperando aunque pareciera no saber cómo conquistarla. Cero de seducción y erotismo, sugiriendo una sexualidad vivenciada en el mismo clima de comer el alimento para perros: se hace algo porque está ahí, no se vislumbra placer, angustia, deseo. O todo esto está en clave de 25 watts

Dice Fito Páez: *“Te vi, fumabas unos chinos en Madrid, hay cosas que te ayudan a vivir, no hacías otra cosa que escribir, yo simplemente te vi”* Leer, escribir, mirar un película, son también ausentes en esta propuesta. Los personajes sufren oleadas de empobrecimiento que estremecen por su crudeza: encender y apagar fósforos en clave de pensamiento mágico, los fósforos que también aluden a lo efímero, a la baja potencia, a lo que se termina rápido. Y luego viene otro y otro, casi cansando al espectador quizás porque los desvelos de amor no pueden desembarazarse de esa operativa pueril.